

PORFIRIO MUÑOZ LEDO

Recuperar la fortaleza de nuestras acciones políticas

Por Julio Revollo Cárdenas*

Tras una destacada participación en los organismos internacionales, Porfirio Muñoz Ledo se reintegra a la vida académica universitaria en un momento particularmente difícil para los asuntos externos de México. Desde su nombramiento en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales no ha transcurrido una sola semana en que no haya sido invitado a un centro de estudios, círculos de debate, presentación de ponencias y a dialogar con estudiantes y profesores sobre el decurso de los acontecimientos contemporáneos. Su pensamiento basado en un profundo conocimiento teórico y práctico sobre los más importantes conflictos mundiales, ya sea que éstos se ubiquen en el campo de la seguridad colectiva, la cooperación económica internacional, descolonización, desarme o derechos humanos, así como la vinculación que México mantiene con ellos, lo coloca como una de las voces críticas más sobresalientes en el espacio político mexicano.

La Revista Universidad de México, motivada a difundir dentro y fuera del ambiente universitario los avances reflexivos que en él se producen, ha considerado conveniente realizarle la presente entrevista.

Los compromisos con la carta de la ONU han sido reemplazados por el cinismo internacional

J.R. Desde su perspectiva ¿Cuál era el panorama internacional al momento de dejar el cargo de Representante de México ante las Naciones Unidas, después de seis años de gestión?

P.M.L. El panorama internacional contemporáneo ha sido resultado de

* Julio Revollo Cárdenas es egresado de la carrera de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, actualmente colabora con la Revista del Centro de Relaciones Internacionales de dicha facultad.



Porfirio Muñoz Ledo

varios años de tensiones bipolares que han conducido al recrudescimiento de los hegemonismos y limitado los espacios de la genuina negociación entre los Estados. Mientras la década de los setenta se caracterizó por relativos avances en la distribución internacional del poder y la riqueza, al punto que llegó a pensarse en el establecimiento de una sociedad internacional multipolar, en tiempos recientes, y como fruto en gran parte de una desenfrenada carrera armamentista, la confrontación entre las superpotencias ha subordinado los intereses legítimos de la mayor parte de los pueblos.

J.R. ¿De qué manera repercutió ello en el seno de la Organización Mundial?

P.M.L. Cuando inicié mi gestión en las Naciones Unidas, en 1979, el empuje de los países en desarrollo y la competencia

misma entre los países industrializados habían generado efectos positivos en la esfera multilateral, que llevaron al planteamiento de soluciones capitales para mejorar las relaciones entre los Estados. Baste recordar que en la 34 Asamblea General se acordó por unanimidad el lanzamiento de las negociaciones económicas mundiales, que son en verdad indispensables y que sin embargo ahora se han olvidado. Los dos años siguientes, durante nuestra participación en el Consejo de Seguridad, la influencia de los países en desarrollo miembros del mismo y las iniciativas que tomamos frente a los más importantes conflictos que pusieron en juego la seguridad colectiva, incrementaron nuestro poder relativo abriendo nuevos espacios de negociación que posteriormente fueron clausurados.

Por desgracia, predomina hoy en la Organización Mundial el lenguaje de la fuerza, y el respeto a los preceptos de la Carta ha sido reemplazado por modalidades del cinismo internacional que no tienen precedente.

J.R. ¿Qué ha permitido que esta situación se haya hecho posible?

P.M.L. Ello se debe a que quienes preconizan la extensión de los regímenes democráticos niegan con su actitud las posibilidades de acción democrática dentro de la Organización, haciendo prevalecer para ello las relaciones bilaterales, generalmente asimétricas y fundadas en las presiones, sobre el diálogo multilateral basado en la igualdad entre los Estados.

Ello parte de una doctrina fundada en la superioridad, según la cual los países deben hacer valer su fuerza económica y estratégica en las relaciones con los

demás, independientemente de los principios e instrumentos internacionales que hayan suscrito. Es, en suma, una nueva versión de la ley de la selva disfrazada de prédica mesiánica en favor de la libertad y que ha sido con razón denominada "neodarwinismo político", en la medida que propone el sometimiento o la desaparición de las especies más débiles, lo que en este caso se aplica a los Estados y a los pueblos de la periferia.

Acatar dócilmente programas de antidesarrollo impuestos desde el exterior, no conduce a la estabilidad

J.R. ¿Cuál debería ser entonces la actuación de los países en desarrollo para contrarrestar estos fenómenos?

P.M.L. Frente a estas tendencias la única respuesta posible de los Estados es el mantenimiento de su independencia política por todos los medios que estén a su alcance. Aceptar el sometimiento en los organismos internacionales no sólo representa una renuncia inadmisible a la dignidad soberana, sino que desde el punto de vista práctico no conduce a ninguna parte, porque ante cada concesión que se haga a los poderosos sucederá una nueva presión y así indefinidamente hasta el virtual aniquilamiento de la independencia de las naciones. Se equivocan los gobiernos que cediendo a presiones económicas o políticas modifican sus posiciones internacionales o acatan dócilmente programas de antidesarrollo impuestos desde el exterior, creyendo que así salvaguardan sus valores fundamentales de estabilidad, aumentan su capacidad de negociación y acumulan méritos para obtener ventajas en transacciones futuras. Su conducta de concesiones es considerada por los poderosos como apenas normal y se les hacen por lo tanto nuevas presiones.

Es por ello indispensable que se recupere, a la brevedad, la tónica política que caracterizó la conducta de los países en desarrollo durante los decenios anteriores y que se reformulen sus demandas multilaterales a través de las agrupaciones ya existentes, como el Movimiento de Países No Alineados, el Grupo de los 77 y las organizaciones

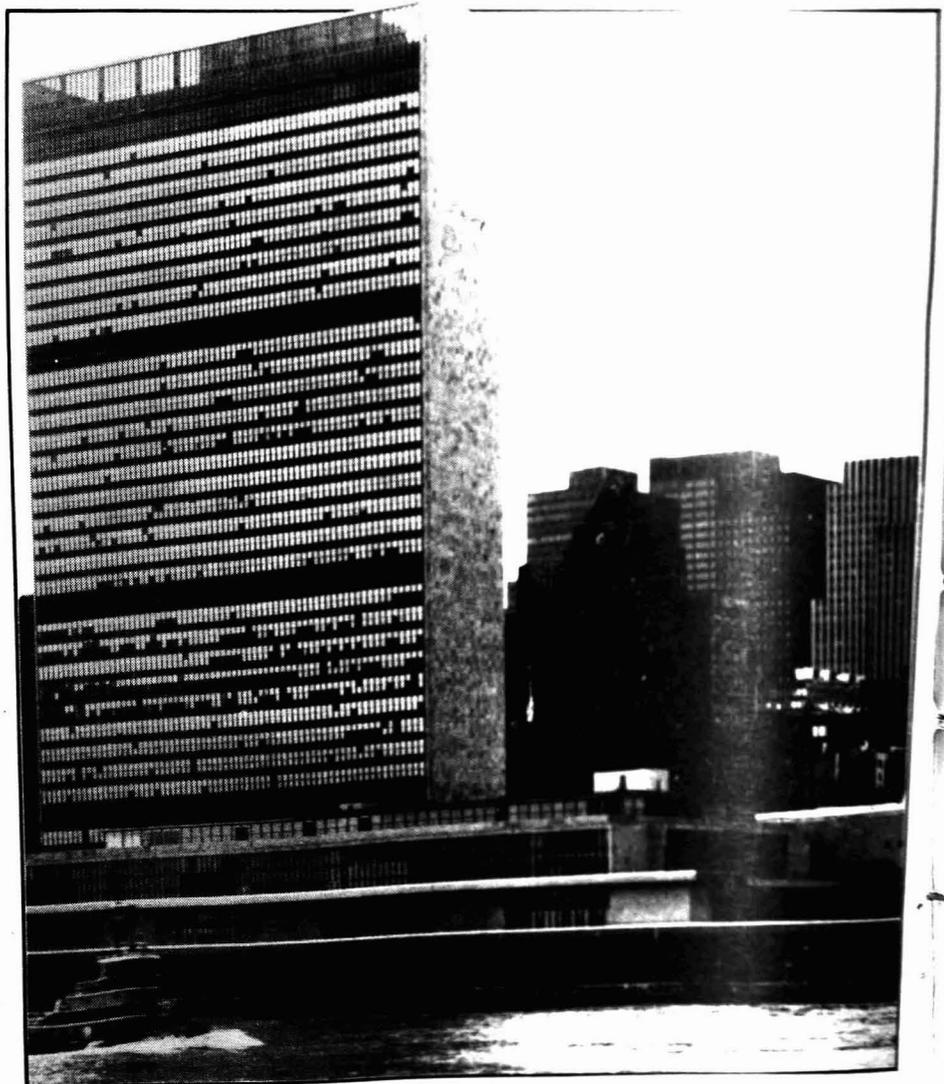
regionales. Naturalmente, es necesario un planteamiento y una nueva coordinación de esas demandas para ubicarlas a la altura de las necesidades actuales, y se requerirá sin duda un mayor contacto entre los propios Jefes de Estado para otorgar la fuerza política suficiente a las posiciones que habremos de adoptar. Estas no tienen que revestir forzosamente una amplitud global, sino que pueden referirse también a problemas que afectan a grupos determinados de países, como en Latinoamérica se ha hecho dentro de los procesos que condujeron a la formación

del Grupo de Contadora y de su Grupo de Apoyo, así como al establecimiento del Consenso de Cartagena.

J.R. ¿Cómo hemos de salvar el abismo existente entre las propuestas y su realización?

P.M.L. Evidentemente no basta un planteamiento correcto de los problemas es necesario ejercer presión política sobre los centros de poder y respaldar esas demandas con una actitud independiente de los Estados en la totalidad de su conducta internacional.

La confrontación entre las superpotencias ha subordinado a los intereses legítimos de la mayor parte de los pueblos



Nuestra voluntad de independencia y la imaginación política de nuestras acciones son un factor determinante para nuestra sobrevivencia y para la conquista del lugar que deseamos en la historia futura.

Las reclamaciones para modificar el voto en la ONU son pretensiones insolentes

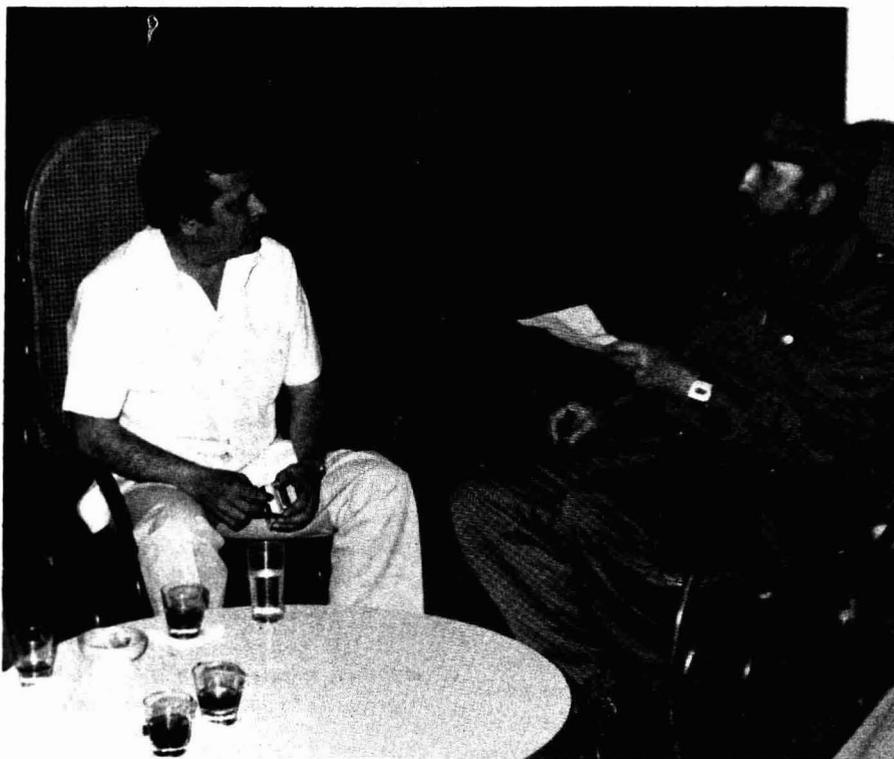
J.R. ¿Cuál es el significado que atribuye a las reclamaciones bilaterales que se ejercen para modificar los patrones de voto de los Estados en la Organización Mundial?

P.M.L. Estas deben ser rechazadas de plano como actitudes fariseas y pretensiones insolentes. Lo que hay que ponderar es el apego de cada país a los principios de la Organización y su contribución real a la solución de los problemas internacionales a través de la negociación y el diálogo.

Si de reclamaciones se tratara, habría que determinar imparcialmente cuáles son los Estados que han obstruccionado la aplicación de los principios fundamentales de la Carta, sobre todo aquellos referidos a la solución pacífica de las controversias y a la cooperación económica internacional; quiénes, por ejemplo, han obstaculizado un arreglo pacífico a la difícil situación del Medio Oriente; quiénes han prestado su complicidad para la negativa de Sudáfrica a conceder la independencia de Namibia; quiénes han exacerbado y prolongado indebidamente el conflicto de Centroamérica; quiénes han impedido el sano funcionamiento de los órganos de seguridad colectiva en casos tan graves como la invasión de Líbano, o las actitudes genocidas del régimen de Pretoria; quiénes, por otra parte, han impedido durante los últimos años que se debatan siquiera a nivel adecuado los enormes problemas que la deuda externa genera sobre la economía y la sociedad de los países en desarrollo; quiénes han diferido la iniciación de las negociaciones económicas mundiales que seguramente hubieran atenuado la gravedad de la crisis que afrontamos, y quiénes han impedido la plena vigencia de los mejores esfuerzos en favor de un nuevo Derecho Internacional, como la Convención del Derecho del Mar. Es a la mayoría de las naciones a la que

corresponde hacer un severo reclamo a quienes han socavado los fundamentos mismos de la Organización Mundial. El voto independiente representa una contribución digna y desinteresada a la solución de los grandes problemas internacionales. En cambio, los países que quisieran torcer la voluntad democrática de los Estados se han caracterizado generalmente por su escasa o nula contribución a la solución de los problemas, lo que los ha llevado a un gradual aislamiento dentro de la propia Organización. Quienes votan como minoría, esto es, en contra de la

explícito; si bien acabo de señalar que el bipolarismo se ha acentuado en los últimos años, ello se debe a una reacción de las superpotencias frente a la multiplicación de los centros de poder económico y político, y en particular, frente a la tendencia creciente que se observaba hacia la democratización de las relaciones internacionales. No nos engañemos, cualquier análisis profundo que se haga nos revelará que la sociedad humana propende gradualmente y con carácter que se antoja irreversible, hacia un mayor pluralismo tanto al interior de los países como en las relaciones entre



Con Fidel Castro

mayor parte de los Estados, no tienen ningún derecho ni autoridad moral para censurar a quienes encarnan y encauzan la voluntad democrática de la comunidad internacional.

Presenciamos un reacomodo de los intereses globales

J.R. ¿Este panorama de sojuzgamiento internacional obligará a los países con menor capacidad de defensa económica y política a abdicar de su soberanía y plegarse a nuevas esferas de influencia?

P.M.L. Pienso que se trata de un movimiento pendular de la historia que está a punto de concluir. Seré más

los Estados.

Desde esa perspectiva, las crecientes tensiones entre el Este y el Oeste y las nuevas pretensiones hegemónicas representan la última fase de un esfuerzo para evitar que las tendencias históricas contemporáneas conduzcan hacia un mayor equilibrio de poderes en el mundo, lo que fatalmente ocurrirá. Presenciamos un reacomodo de los intereses globales, fenómeno semejante al ocurrido al final de todas las grandes épocas de dominación que corresponde al proceso de decadencia de las estructuras imperiales, aunque difícilmente puede asegurarse cuánto durará esa decadencia y de qué manera llegará a su término.

J.R. ¿Cuáles serían los puntos similares entre el ocaso de los actuales

hegemonismos y otros que se han dado en la historia?

P.M.L. Resulta imposible establecer analogías entre la era nuclear y cualquier otra etapa de la historia, en virtud de que por primera vez las potencias nucleares cuentan con la capacidad de destruir la obra toda de la civilización humana. Sin embargo, si aceptamos como hipótesis de trabajo la única sobre la cual vale la pena reflexionar, esto es, la existencia de un futuro, descubriremos la acumulación progresiva de limitaciones físicas, políticas y económicas a la concentración del poder y el armamentismo.

En virtud de tales limitaciones el holocausto nuclear puede ser evitado, por lo que entonces tendríamos que canalizar todos nuestros esfuerzos a imaginar las posibles formas de organización de la nueva sociedad internacional, evitando el establecimiento de un condominio mundial entre las superpotencias, así como tratando de mantener cada Estado y cada región la mayor autonomía posible y su propio espacio dentro del conjunto. Ciertamente, los países considerados como zonas de interés o de prioridad estratégica para alguna de las superpotencias, como es el caso de México, tendrán que bregar con mayor ahínco para no quedar sometidos en un nuevo reparto del mundo bajo el control directo de uno de los grandes centros de poder. De ahí la gran importancia que tiene fortalecer nuestra actuación en esta época crucial a efecto de garantizar nuestra soberanía futura.

Urgen decisiones concretas en materia de desarme

J.R. En este contexto de limitaciones al armamentismo ¿Qué importancia tiene la reciente propuesta soviética para el desarme?

P.M.L. Llevar a la práctica el desmantelamiento en una primera fase de la mitad de los arsenales nucleares implicaría una rápida disminución del peligro de guerra global, proceso que de proseguirse hasta su fin en fases posteriores, liberaría enormes recursos económicos que podrían promover una nueva etapa de crecimiento económico.



Con Willy Brandt

Al atenuarse como consecuencia las agudas confrontaciones ideológicas y las amenazas políticas sobre otros Estados, nos encontraríamos ante una estructura más estable y equitativa de las relaciones internacionales. Considero por ello que los Estados Unidos y las otras potencias nucleares tendrán que dar en breve una respuesta concreta y positiva a la propuesta soviética.

Se pretende supeditar a México a los intereses de la potencia dominante

J.R. ¿Cuál es el lugar preciso que México ocupa en el escenario mundial, y cuáles son las posibilidades reales y los mecanismos de acción con que cuenta para ensanchar su independencia?

P.M.L. México es un país que ha gozado de notable respetabilidad en la escena internacional por diversas causas que sería largo enunciar, pero que vale la pena recordar así sea sucintamente. La primera razón de nuestro prestigio en las relaciones internacionales reside, a no dudarlo, en la historia; en el pasado de la nación y en su conducta internacional. Fuimos el primer país que libró una guerra de resistencia en contra de la ola contemporánea del colonialismo europeo en la época de Juárez, de la cual salimos victoriosos, lo

que dejó una huella imborrable en la conciencia internacional; ello se refrendó posteriormente con la Revolución Mexicana, las disposiciones precursoras de la Constitución de 1917 y las luchas para la recuperación de nuestra soberanía sobre los recursos naturales que culminaron con la expropiación petrolera de 1938. Nuestro país se situó en distintos y decisivos momentos no sólo a la vanguardia de la lucha por la defensa de la integridad territorial de los países, sino que fue también autor de la doctrina contemporánea de la autodeterminación que incluye la defensa de la soberanía sobre los recursos naturales y los procesos económicos. Todo esto definió su imagen como país símbolo de las naciones en desarrollo, que continuó manteniendo después a través de su impecable actuación en los organismos internacionales con una imaginativa y persistente actuación de más de medio siglo. Todos estos antecedentes y muchos otros que podrían citarse en detalle, han otorgado a México una personalidad a la que no puede renunciar sin pérdida grave para su identidad nacional. Tratándose de un país vecino a una gran potencia, con una frontera tan amenazada y con los antecedentes que nos acreditan como país digno e independiente, cualquier alteración sustancial de nuestra actitud frente al

extranjero representaría, como usted lo ha sugerido, una verdadera abdicación de soberanía cuyas consecuencias no sólo serían nefastas para el futuro del país, sino también para el destino de muchas otras naciones en desarrollo.

J.R. ¿Cómo afecta la crisis económica en México a las posturas que asume en el exterior?

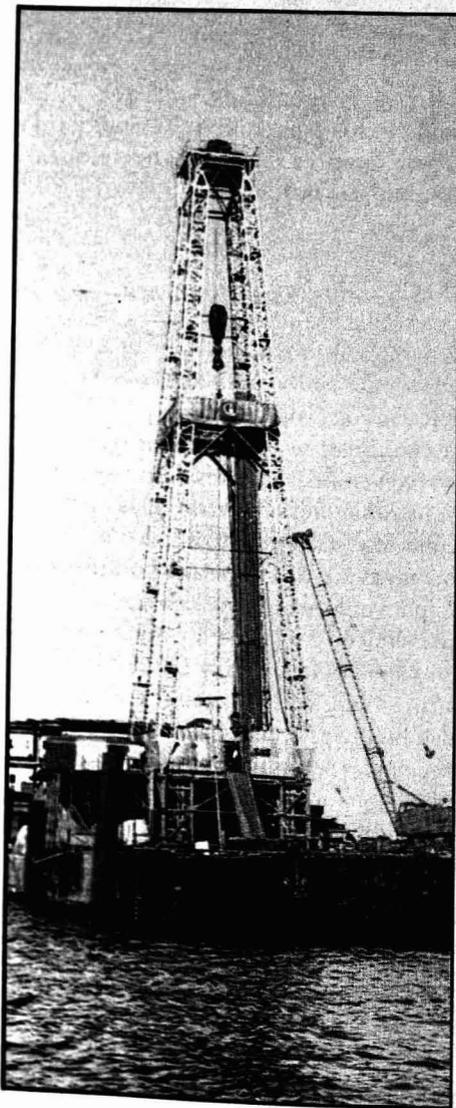
P.M.L. En los años recientes el acoso de que ha sido objeto nuestro país se ha visto complicado por la recurrencia de crisis económicas cuya genuina solución no hemos sido capaces de encontrar, así como por un marcado proceso de diversificación política que no hemos acertado a encauzar en favor del establecimiento de un sistema democrático más amplio y participativo. Es así que política interior y política exterior empiezan a interrelacionarse con un sentido distinto, o al menos más acusado que el que tuvieron en el pasado, en el que se aprecia una disminución de los niveles de consenso interno con los que había contado nuestra actuación en el exterior.

Por otro lado, nuestro país ha quedado incluido en el corazón y tal vez como la pieza mayor, de una estrategia sub regional tendiente a cambiar el equilibrio de fuerzas en favor del poder hegemónico y poner un alto definitivo a los movimientos de liberación nacional en la zona. Esta estrategia parte del supuesto de que por su densidad demográfica, política y económica la orientación de México es definitiva para el futuro de los demás países vecinos. En el escenario internacional no se subestima la importancia de nuestro país, sino al contrario se la justiprecia y por ello lo que se pretende es el cambio gradual de nuestra política exterior de modo que nos convirtamos en un aliado cada vez más obsecuente de la potencia dominante, y a ello se pretende llegar incluso mediante tácticas destinadas a la toma de poder en nuestro país.

J.R. Mencionó usted que no hemos acertado a encauzar la diversificación política en favor de un sistema democrático más participativo, ¿podría ampliar sus ideas al respecto?

P.M.L. Sí, parece evidente que la movilización de las fuerzas sociales del

país en torno a un proyecto nacional unificado, de modo a ensanchar las bases del consenso democrático, resulta indispensable para la salvaguarda de la integridad del país. La política exterior no podría seguirse sosteniendo en el porvenir con el tono y la creatividad que son necesarios si no corresponde cabalmente a un consenso interno, orientado a disminuir los nexos mentales y materiales de la dependencia, a fortalecer la posición relativa de los sectores más nacionalistas y a reordenar la economía y las relaciones sociales de modo que las bases del poder político reposen cada vez más en el desarrollo de nuestras propias fuerzas productivas, de los talentos y de las capacidades de los mexicanos en un marco de justicia distributiva. En suma, lo que está en juego es el establecimiento de un nuevo orden democrático nacional; lo demás será consecuencia de ese cambio fundamental y urgente que debemos emprender en lo interno.



Ajustar el pago de la deuda externa a las posibilidades de cada país

J.R. ¿Qué papel juega la deuda externa en esta ruptura de los vínculos de la dependencia a que usted se refiere?

P.M.L. La deuda externa que gravita sobre las economías de numerosos países en desarrollo es la consecuencia última del desorden económico internacional que empezamos a vivir desde principios del decenio pasado. Tienen razón quienes afirman que no es la causa mayor de nuestros males sino resultado de una serie de desajustes que han venido minimizando la importancia de la economía real, esto es, la de los factores productivos, y maximizando los vínculos financieros. Bastaría simplemente comparar las inequidades a que da lugar un nuevo aumento en las tasas de interés que nulifica esfuerzos productivos realizados durante muchos años.

Estimo que la cuestión de la deuda externa ha sido básicamente bien enfocada en el Consenso de Cartagena, que ha puesto de relieve no solamente los orígenes del problema sino sus vinculaciones con otras áreas de la economía internacional y los efectos desastrosos que provoca en el interior de nuestras sociedades, al grado de poner en peligro su viabilidad como naciones. Lo que nos ha faltado en ocasiones es la unidad suficiente, y en otras, el sentido de la oportunidad para hacer valer nuestros puntos de vista conforme a la indudable capacidad de negociación que poseemos, así como el hecho ampliamente reconocido de que la deuda externa establece una responsabilidad solidaria entre acreedores y deudores, por lo que se tienen que establecer negociaciones sustantivas que salvaguarden al máximo la independencia y la capacidad de desarrollo futuro.

J.R. ¿Cuál es el camino a seguir que sugiere para enfrentar el problema de la deuda externa?

P.M.L. Cualquiera que sea la orientación posterior que deba darse a los procesos económicos de cada uno de los países endeudados, es evidente que nos encontramos frente a un fenómeno

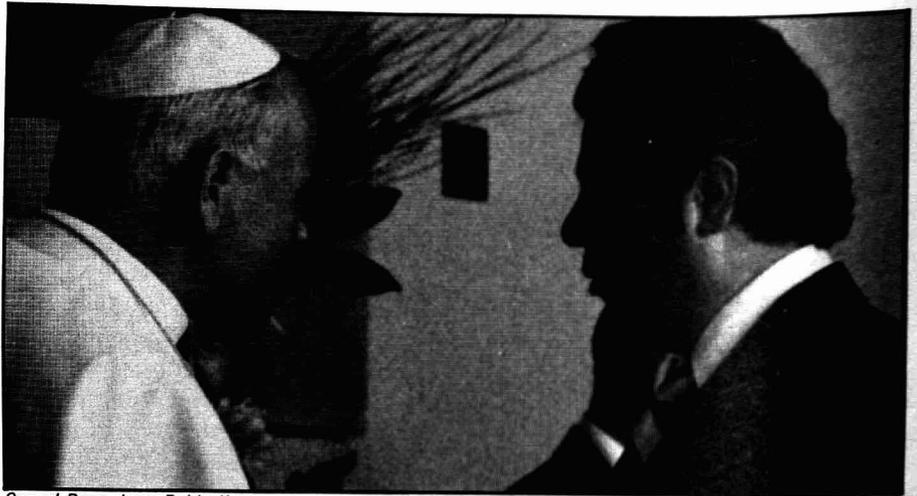
de tal magnitud que debemos atacarlo en una primera instancia, quiero decir por ello que es indispensable ajustar a los niveles adecuados y posibilidades de cada país los gastos que realizamos anualmente por concepto de pago de la deuda o de su servicio. Es necesario cuantificar esos límites y esas proporciones e iniciar de inmediato el diálogo político que conduzca a soluciones de fondo. A partir de esas decisiones será posible reordenar nuestras economías, evitando la supeditación a los patrones de desarrollo y a las pautas de ajuste asimétrico que hasta ahora hemos seguido.

Las políticas actuales de ajuste han producido con toda evidencia un debilitamiento de las alianzas nacionales en el interior de nuestros países, ya que han perjudicado en diversos grados a las clases laborantes, los estratos medios y a los sectores empresariales. Los desequilibrios sociales creados por esos ajustes contrastan con el relativo mantenimiento de los niveles de ingreso y de gasto de las sociedades más desarrolladas, a las que, a pesar de las distorsiones que sus propios desequilibrios generan en la economía internacional, no se les han impuesto de modo alguno esos ajustes.

Debemos recuperar nuestra posición de acreedores históricos

J.R. ¿No es acaso el neocolonialismo financiero la nueva forma de dominación global en que se basa la prepotencia de los grandes centros de poder? ¿Qué podemos hacer para contrarrestarlo?

P.M.L. Lo que usted llama neocolonialismo financiero es una expresión sintética que resume la capacidad que poseen los centros de poder para operar sobre la vida interna de otros países, y en cuyas manos residen las decisiones últimas de la economía internacional contemporánea. No parece razonable condenar a generaciones enteras en la mayor parte del planeta a los arbitrios y decisiones que sirven para atraer los recursos que el trabajo y la iniciativa humana generan en la periferia hacia los países más poderosos. Se ha llegado



Con el Papa Juan Pablo II

a una versión aberrante de las relaciones económicas internacionales que es necesario contrarrestar a la brevedad si deseamos la subsistencia de nuestros países. Estoy cierto que en vísperas de la próxima reunión de Tokio entre las siete potencias industrializadas, y a raíz de los nuevos deterioros ocurridos en los países endeudados, existe una atmósfera propicia para negociaciones sobre los principales campos de la economía internacional.

J.R. ¿Qué papel tendremos que realizar los espacios periféricos para lograr avances en las negociaciones económicas mundiales?

P.M.L. Depende de nuestra determinación política el que el replanteamiento de las relaciones económicas internacionales pueda hacerse con la oportunidad y la profundidad necesaria. De otro modo nos volveríamos progresivamente más vulnerables frente a estrategias ya conocidas de dominación, ya que mientras por una parte nos continuarán imponiendo los enormes costos económicos y sociales del ajuste junto a un pago abultado de la deuda, por el otro, válidos de la también creciente debilidad de nuestros Estados nacionales se nos impondrían condicionamientos políticos y cambios de rumbo que no estamos dispuestos a aceptar. Es necesario romper ese peligroso círculo vicioso y creo que en el momento actual debiera comenzarse por la deuda externa.

He afirmado muy recientemente que el cambio de nuestra posición en las relaciones internacionales podría definirse como una reversión de la

La Universidad debe ser intérprete de las necesidades nacionales y encontrar el camino que le es propio para contribuir activamente a la solución de los problemas

posición de acreedores que tuvimos en décadas pasadas, a la de deudores, ya que este concepto desborda con mucho el aspecto financiero para referirse a la orientación misma de nuestras relaciones. Durante muchos años se nos reconoció como resultado de la explotación colonial y de las relaciones bilaterales tradicionalmente injustas, que fuésemos acreedores de respeto, de trato justo y de intercambio equitativo; éramos auténticos acreedores históricos. Ahora se nos ha colocado en la posición de deudores no sólo de capital, sino de valores etnocéntricos e incluso de "civilización", ahora se nos exige un cierto tipo de conducta política y social que corresponde a los patrones de moda en las grandes potencias. He ahí la importancia que debemos conceder desde el punto de vista político a un nuevo cambio de actitud por el cual recuperemos la posición que nos

corresponde, que es sin duda la de acreedores, y que rechazemos la otra que sirve de puente y de instrumento para nuevas modalidades de intervencionismo.

Ninguna conveniencia circunstancial puede modificar nuestra posición ante el caso centroamericano

J.R. ¿Se encuentra atada la imagen de México a los resultados que se alcancen en el proceso de paz en Centroamérica? ¿Depende de la viabilidad de nuestra política exterior del destino del Grupo Contadora?

P.M.L. La imagen de México no se encuentra exclusivamente atada al desenlace de ningún proceso político externo por más importante que éste sea. Colocándonos en la más grave de las hipótesis que sería el desencadenamiento de una guerra abierta de intervención en la región centroamericana, lo que podría poner en entredicho nuestro prestigio y nuestra solvencia internacional sería la naturaleza de nuestra reacción, esto es, que no respondiéramos con la firmeza y con la determinación con que lo hemos hecho en ocasiones semejantes tratándose inclusive de problemas lejanos a nuestras fronteras. Ahora bien, si lo que usted me pregunta es el grado en que un deterioro de la cuestión centroamericana afectaría el equilibrio de fuerzas en la región durante los próximos años, le respondería que el avasallamiento desde el exterior de cualquiera de las naciones centroamericanas constituiría un hecho manifiestamente negativo en la vida de la región, y que si la superpotencia vecina llevara a la práctica sus continuas amenazas de subvertir el orden regional, o prolongara indefinidamente sus maniobras de desestabilización, acoso militar, subvención de fuerzas mercenarias, establecimiento de bases militares, sanciones económicas y todas las formas imaginables de ingerencia en nuestra región, acabaría por alterarse profundamente el equilibrio de la misma. Esta es la razón por la que la posición de México frente al conflicto centroamericano no puede tener equívocos, ni estar sujeta a supuestas

conveniencias circunstanciales. Nuestra defensa de la integridad y de la autodeterminación de los pueblos de la región tiene que colocarse por encima de cualquier otra circunstancia, ya que se trata no sólo de la única posible actitud congruente con nuestra tradición histórica, sino también de la mejor defensa de la soberanía de nuestro propio país.

J.R. ¿Qué tan profundas son las presiones para que México modifique su posición ante el conflicto centroamericano?

Deben respetarse los procesos internos de transformación y delimitarse las fronteras políticas de los Estados

J.R. ¿Ello significaría que las relaciones regionales están fatalmente orientadas hacia el conflicto y que no cabría otra hipótesis que la de hacer frente a las presiones que se ejercen sobre México y los países de Centroamérica, lo que parecería



Como presidente del Consejo de Seguridad de la ONU

P.M.L. Pocas veces en nuestra historia política había sido más penetrante y diversificada la ingerencia externa en los asuntos del país. Desde fines de la década de los setenta, en que empezó a modificarse la naturaleza de la relación por efecto reflejo de habernos convertido repentinamente en el primer proveedor de hidrocarburos a los Estados Unidos, así como por haberse llegado a un peculiar *modus vivendi* en la cuestión de trabajadores migratorios, se han multiplicado las acciones tendientes al establecimiento de una verdadera red de infiltración destinada al reblandecimiento de las actitudes nacionalistas, con el propósito paralelo de favorecer al desenlace de los conflictos centroamericanos en un sentido intervencionista.

excluir un arreglo negociado y una mejoría sustancial de las relaciones entre nuestros países y los Estados Unidos con quien estamos destinados a mantener una permanente vecindad?

P.M.L. En ningún momento he afirmado que las relaciones en nuestra región deban orientarse necesariamente hacia el conflicto; por el contrario, la posición de México a lo largo de todos estos años por lo que hace a la cuestión centroamericana y a lo largo de su trayectoria internacional ha estado siempre fundada en el principio de la solución pacífica de los conflictos internacionales, y hemos desplegado particularmente un esfuerzo diplomático infatigable para contribuir

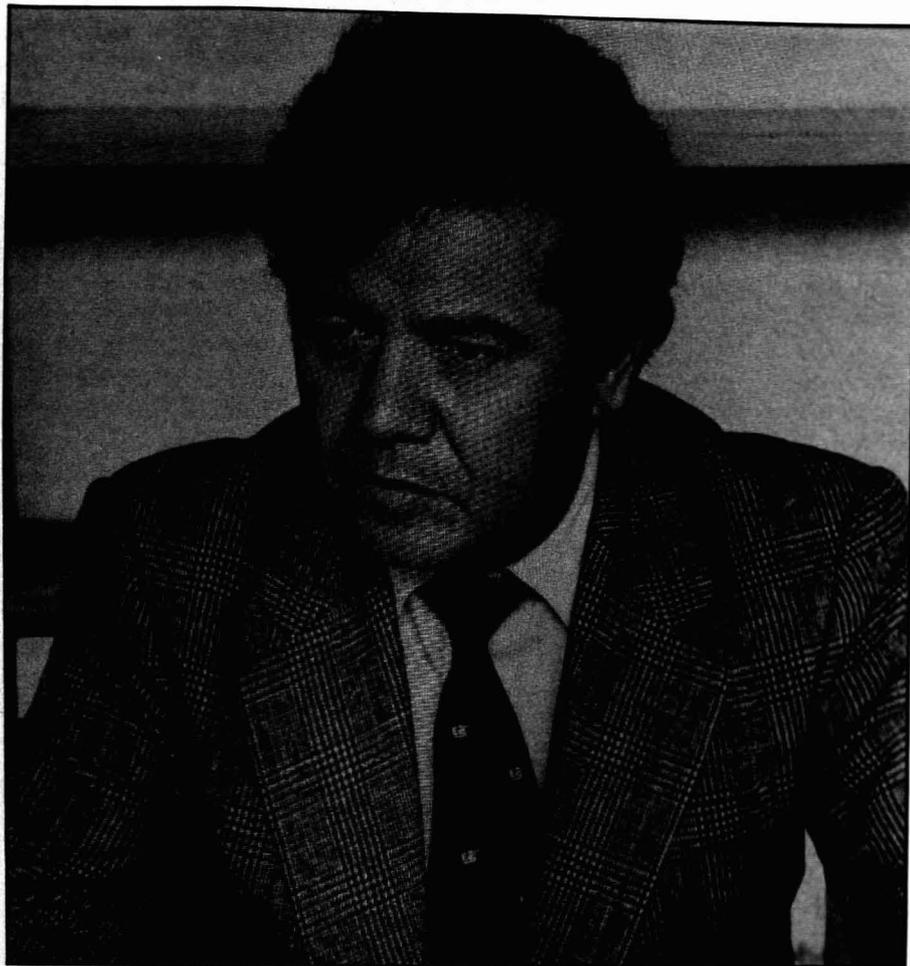


Foto: Rogelio Cuéllar

a que se abran las vías de la negociación, del diálogo y del entendimiento.

Lo que ocurre es que las soluciones pacíficas se vuelven difíciles de alcanzar cuando se presenta una actitud dogmática y una terca decisión de cambiar el curso de los acontecimientos mediante la imposición y la fuerza. Esta situación no es privativa de Centroamérica, la encontramos en otros conflictos internacionales a los que ya he hecho mención. Si esta actitud dogmática fuera sustituida tan sólo por una voluntad pragmática orientada hacia el compromiso mediante un equilibrio justo de los intereses legítimos en juego, la confrontación podría ser reemplazada por el diálogo y, lo digo con la mayor responsabilidad, la mayor parte de los conflictos internacionales que padecemos podrían ser resueltos en corto tiempo.

J.R. ¿Existen otras fuerzas o grupos que podrían ayudar a que se dé un mejor diálogo entre nuestras naciones y los Estados Unidos?

P.M.L. Estoy cierto de que las voces democráticas en los Estados Unidos

pueden llegar a constituir una de las barreras más importantes al exceso de poder por parte del gobierno de ese país, y que un diálogo a profundidad con los centros de opinión y con las fuerzas sociales de Norteamérica coadyuvaría al establecimiento de nuevas bases para el diálogo. Ellas deben partir, claro está, de una posición consistente y firme de nuestros países de manera que no sea nuestra debilidad o nuestra innecesaria cautela la fuente de la que se nutran las prédicas intervencionistas, sino al contrario, que nuestras determinaciones sirvan para orientar y nutrir la actitud de quienes dentro de las grandes potencias abogan por una convivencia civilizada y justa entre los Estados. Si lo que en verdad se quisiera fuese el respeto más amplio a los derechos humanos y a las libertades políticas en nuestra región, ningún camino más adecuado que el de respetar los procesos internos de transformación que están sucediendo en nuestros países, en vez de aprovecharlos colocando caballos de troya en la política, en la economía y en las comunicaciones sociales al servicio de la potencia dominante. Un nuevo trato requiere en nuestro tiempo una

clara delimitación de las fronteras políticas entre los Estados.

Sistematizar las reflexiones académicas y vincularlas a la realidad

J.R. Para finalizar ¿Qué papel considera usted que debe jugar la Universidad en el contexto de los problemas aquí planteados? ¿Qué armas proporciona para enfrentar los retos que nuestra sociedad y el mundo plantean a los mexicanos de hoy?

P.M.L. Históricamente el papel de las universidades en nuestros países ha estado caracterizado por una doble aportación: aquella representada por los avances en la investigación científica y tecnológica con la subsecuente formación de los cuadros necesarios para el desarrollo, así como la de constituir centros de reflexión crítica respecto a los problemas nacionales e internacionales que nos afectan.

A mi regreso a la Universidad Nacional he podido percibir una enorme vitalidad académica respecto al debate de los temas más importantes de la vida del país, por lo que considero conveniente que ha llegado el momento de coordinar empeños dispersos en la investigación a fin de sistematizar las reflexiones académicas y vincularlas a la conflictiva realidad que el desorden internacional y nuestras propias desviaciones han generado. Esta actividad reafirmará el carácter propositivo que debe tener todo centro de estudios y contribuirá a dar confianza y esperanza a las nuevas generaciones de universitarios en el destino independiente de México. Dado que la Universidad debe estar en la lucha permanente por lograr verdaderos avances en el campo de la investigación social y para que sus trabajos adquieran una mayor relevancia, éstos han de desarrollarse en un estrecho contacto con los representantes significativos de los sectores de la vida nacional y los voceros de diversas corrientes ideológicas, invitándolos a participar en el análisis y el debate con el fin de enriquecer las propuestas. La Universidad debe ser intérprete de las necesidades nacionales y encontrar el camino que le es propio para contribuir activamente a la solución de los problemas. ◊